

El LEGADO

de enseñanza de Derek Prince



Libres para adorar, segunda parte

En el Salmo 96:8, el salmista establece una condición básica para acercarse a Dios: *Traed ofrendas, y venid a sus atrios*. En Éxodo 23:15, el Señor declara: *“Ninguno se presentará delante de mí con las manos vacías”*.

Podemos presentar a Dios muchos tipos de ofrenda: acción de gracias, alabanza, dinero, pertenencias, servicio, la obra de nuestras manos. Sin embargo, es en adoración que presentamos ante Dios nuestra ofrenda suprema: *nosotros mismos*. Cualquier actividad religiosa que no nos lleva a entregarnos a nosotros mismos a Dios no es verdadera adoración.

De los diferentes tipos de ofrenda en el Antiguo Testamento, el que representa la ofrenda de nosotros mismos a Dios es *la ofrenda de cereales* (Véase Lev. 2:1–11). Esta ofrenda encierra algunos principios importantes que deben guiarnos en nuestra adoración.

Para que nuestra adoración sea aceptable ante Dios, al ofrecerle nuestra vida, ésta debe ser “bien molida” — en otras palabras, nuestra vida debe estar completamente sometida a las disciplinas de Dios. No puede

haber ningún “grumo” de desobediencia o de terquedad.

Había dos cosas que se ofrecían junto con la ofrenda de cereales: aceite e incienso. El aceite, que representa el Espíritu Santo, nos recuerda que para que nuestra ofrenda sea aceptable, debemos depender del Espíritu Santo.

El incienso es una resina aromática que en sí no tiene nada de particular, pero que cuando se quema, despidе una fragancia muy especial. Este aroma representa nuestra adoración que sube delante de Dios.

De esta ofrenda, sólo un puñado de la harina y del aceite se quemaba sobre el altar ante el Señor; todo el resto se le daba al sacerdote. Sin embargo, todo el incienso se quemaba exclusivamente como sacrificio al Señor. Esto es una advertencia para nosotros de que

ningún ser humano debe recibir ni siquiera una pizca de adoración de parte del pueblo de Dios. Dios juzgará a cualquier líder que permite que sus seguidores le ofrezcan cualquier cosa que equivalga a adoración. Esta es una de las razones por las cuales en las últimas décadas algunos ministerios evangélicos han terminado de manera desastrosa.

Ninguna ofrenda de cereales debía ir acompañada de levadura, ni de miel (versículo 11). En 1 Corintios 5:8. Pablo habla de “*los panes sin levadura, de sinceridad y de verdad*”. Por lo tanto, la levadura representa cualquier tipo de hipocresía o falsedad.

El hecho de que la ofrenda tampoco podía ir acompañada de miel saca a relucir aún más esta idea. La miel es dulce al paladar, pero a diferencia del incienso, no resiste el fuego. Al ser quemada, se vuelve un pegote negro. Cuando adoramos, debemos evitar el uso de frases religiosas huecas, así como de cualquier tipo de exageración. No debemos aventurarnos a hacer cualquier compromiso o pronunciamiento que no pueda pasar la prueba del fuego.

Para terminar, cualquier ofrenda de cereales debe ser sazonada con “la sal del pacto” (versículo 13). Dios entabla una relación permanente con el hombre únicamente cuando ésta se basa en un pacto, es decir, un compromiso mutuo entre Dios y el hombre. Dios hace un compromiso con el creyente, pero a cambio, el creyente tiene que hacer un compromiso con Dios. Cualquier adoración que no proceda de un pacto carece de sal y es inaceptable a los ojos de Dios.

El acercarse a Dios

En el Salmo 100:4, el salmista señala dos pasos sucesivos que debemos dar para acercarnos a Dios: entrar por sus puertas con acción de gracias y por sus atrios con alabanza. Primero entramos por sus puertas con *acción de gracias*, y luego pasamos por sus atrios con *alabanza*. De esta manera, entramos directamente a la presencia de Dios. Si no entramos de esta manera, podemos orar a Dios y Él nos oirá, pero estaremos orando desde lejos.

Seremos como los diez leprosos en Lucas 17:12–19. Podremos clamar a Jesús desde lejos, y Él nos oirá y tendrá misericordia de nosotros, pero no podremos acercarnos a él. Es importante notar que el único leproso que se acercó a Jesús fue el que regresó para darle gracias. Jesús le dijo: “Tu fe te ha salvado”. Los diez leprosos fueron sanados, pero sólo el que dio gracias fue salvo además de ser sanado.

En el Salmo 95:1–7 el salmista también nos lleva a acercarnos a Dios mediante la acción de gracias y la alabanza, pero luego nos indica que hay un paso más que debemos dar: hacia la adoración. Los versículos 1 y 2 describen acción de gracias y alabanza alegre y jubilosa. Los versículos 3, 4 y 5 nos muestran el motivo de nuestra alabanza: debemos alabar a Dios por la grandeza de Su creación. Pero en el versículo 6, procedemos a la adoración:

*Venid, adoremos y postrémonos;
Arrodillémonos delante de Jehová nuestro Hacedor*

Una vez más, vemos que la adoración se expresa a través de nuestro cuerpo, al postrarnos y arrodillarnos.

El versículo 7 nos revela la razón por la cual debemos adorar a Dios: debemos adorarlo porque Él es *nuestro Dios*. El único que es digno de recibir adoración es Dios. Dios es el único a Quien adoramos.

Ahora bien, la última parte del versículo 7 nos lleva un paso más allá. Dice: *Si oyereis hoy su voz*. A la alabanza jubilosa de los versículos anteriores le sigue una quietud especial, que sólo surge cuando adoramos a Dios. En medio de esta quietud, oímos un solo sonido: la voz del Señor. En un ambiente así, Dios puede hablarnos con una claridad y una autoridad que no pueden venir de ninguna otra manera.

La quietud es una parte esencial de nuestra adoración verdadera. Tenemos que llegar al punto de no tener peticiones, ni una agenda personal, ni límites de tiempo. Nuestro único deseo tiene que ser estar en la presencia de Dios. Todo lo que siga después tiene que nacer de la iniciativa del Señor, y no de la nuestra.

Sentados a los pies de Jesús

En Lucas 10:38–42, María, (la hermana de Lázaro y de Marta) nos da un modelo a seguir: ella se sentaba a los pies de Jesús y escuchaba Su palabra. Marta, por otro lado, “*se preocupaba con muchos quehaceres*”. Le pidió a Jesús que le dijera a María que la ayudara, pero Jesús respondió: “*Sólo una cosa es necesaria; y María ha escogido la buena parte, la cual no le será quitada*”.

¿Cuántos siervos de Dios hoy día son como Marta: consagrados a él, pero “preocupados con muchos quehaceres”? Están demasiado ocupados para “perder tiempo” sentados tan solo a Sus pies.

El tiempo que María pasó a los pies de Jesús dio fruto más adelante, en Juan 12:3–7. Mientras todos los demás discípulos estaban sentados a la mesa comiendo, “*María tomó una libra de perfume de nardo puro, de mucho precio, y ungió los pies de Jesús, y los enjugó con sus cabellos; y la casa se llenó del olor del perfume*” (v. 3). Éste fue un acto de adoración que se expresó mediante la fragancia que llenó la casa.

Los demás discípulos la criticaron por “derrochar” un perfume tan caro, pero Jesús aprobó lo que había hecho, diciendo: “*Déjala; para el día de mi sepultura ha guardado esto*”.

Parece que entre todos los discípulos, María era la única que entendía en ese momento que Jesús tenía que morir. ¿Habría adquirido este conocimiento al estar sentada a los pies de Jesús?

Los judíos solían ungir el cuerpo del difunto antes de sepultarlo. Sabiendo que Jesús había de morir, María ungió su cuerpo con el ungüento más caro que tenía. Fue la única que tuvo este privilegio. Más tarde, las demás mujeres vinieron a la tumba para ungir el cuerpo de Jesús (Véase Marcos 16:1), ¡pero llegaron demasiado tarde! Jesús ya había resucitado de entre los muertos.

¡Ojalá que el pueblo de Dios hoy día se tomara el tiempo de sentarse a los pies de Jesús! Si lo hiciera-

mos, sin duda adoraríamos a Dios con más fervor y devoción. Además, tal vez estaríamos abiertos a recibir la revelación especial que no viene de ninguna otra manera.

El modelo de adoración en el cielo

La visión que tuvo Isaías de los serafines nos permite entrever cómo se adora en el cielo (Véase Isaías 6:1–8). La palabra *serafín* está directamente relacionada con el verbo arder en hebreo. Los serafines eran criaturas flameantes. Cada uno tenía seis alas (mientras que los querubines en Ezequiel 1:6 tenían cuatro alas).

Los serafines adoraban a Dios de dos maneras: mediante una expresión verbal y una acción corporal. Con la boca proclamaban: “*Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos*”. La palabra “santo” es el único adjetivo en la Biblia que se usa tres veces en una sola oración para hablar del Señor.

Los serafines usaban sus alas de tres maneras. Con dos se cubrían el rostro, con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. El cubrirse el rostro y los pies constituía un acto de adoración; el volar constituía un acto de servicio. Usaban cuatro alas para adorar, y sólo dos alas para servir.

El pueblo de Dios en la tierra tiene que seguir este patrón. En primer lugar, le deberíamos dar dos veces más énfasis a la adoración que lo que le damos al servicio. En segundo lugar, debemos reconocer que para ser eficaz, el servicio tiene que fluir de la adoración. Es durante nuestro tiempo de adoración que recibimos revelación y dirección respecto de cómo debemos servir.

En Apocalipsis capítulo 4, se nos lleva a la sala del trono celestial. La palabra “trono” se repite catorce veces en este breve capítulo de once versículos. Desde este lugar se gobierna el universo. Lo que más se enfatiza es la adoración.

Pareciera que los seres vivientes de seis alas corresponden a los serafines en la visión de Isaías. Su tema

es el mismo: repiten tres veces la palabra santo, “*Santo, santo, santo*”.

En el Capítulo 5 la atención se concentra en el León de la tribu de Judá, quien es el Cordero inmolado, de pie en medio del trono. Su presencia ahí nos recuerda eternamente que la victoria viene cuando entregamos nuestras vidas. Desde el trono se extienden círculos cada vez mayores de adoración que finalmente abarcan todo el universo.

Primero están los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos, quienes se postran y cantan un nuevo cántico (versículos 8–10). Luego hay millares de millares de ángeles, que dicen a gran voz: “¡Digno es el Cordero!” (versículos 11–12). Luego todas las

criaturas en el cielo, sobre la tierra, debajo de la tierra y en el mar se unen para bendecir al que está sentado en el trono y al Cordero (versículos 13–14). Todo esto culmina en un “¡Amén!” final de parte de los cuatro seres vivientes y los veinticuatro ancianos (versículo 14).

El Único digno de ser el centro de tal adoración es el Cordero inmolado. Si nuestra adoración en la tierra ha de ser como la adoración en el cielo, tendrá que enfocarse en lo mismo: en El que está sentado en el trono y a Jesús, el Cordero, que está de pie delante de él.

Al servicio del Maestro,



El LEGADO de enseñanza de Derek Prince

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas en este artículo fueron tomadas de la versión Reina Valera 1960. Se permite la reproducción de artículos de los archivos de DPM para la distribución gratuita. Para tener acceso a otros materiales de Derek Prince, diríjase a ministeriosderekprince.org.



MINISTERIOS DEREK PRINCE
PO BOX 19501 CHARLOTTE, NC 28219 704.375.3556 WWW.MINISTERIOSDEREKPRINCE.ORG